



608

Amas de casa han encontrado ya su "gallinita" de la suerte

Hay miles de "gallinitas" más en las cajitas de AVECREM y bolsas de SOPAS GALLINA BLANCA

Señora usted puede ser la próxima afortunada con algunos de estos espléndidos regalos:



Las "gallinitas" de PLATINO tienen como premio el equipo y mobiliario de espléndidos

PISOS COMPLETOS



Las "gallinitas" de ORO, dan derecho a **COCINAS DE ENSUEÑO**

Las "gallinitas" de PLATA valen por **TELEVISORES INTER**



Las "gallinitas" de ALPACA, se premian con **NEVERAS ELECTRICAS TERMOFRIGIDUS**



Las "gallinitas" de ALUMINIO, son premiadas con

PLANCHAS ELECTROAUTOMATICAS DESIREE



Las "gallinitas" de CRISTAL, le serán conjeadas por un ejemplar de la Revista CLUB FEMINA, y un boleto para participar en el sorteo de

UN CHALET CON PISCINA Y GARAJE

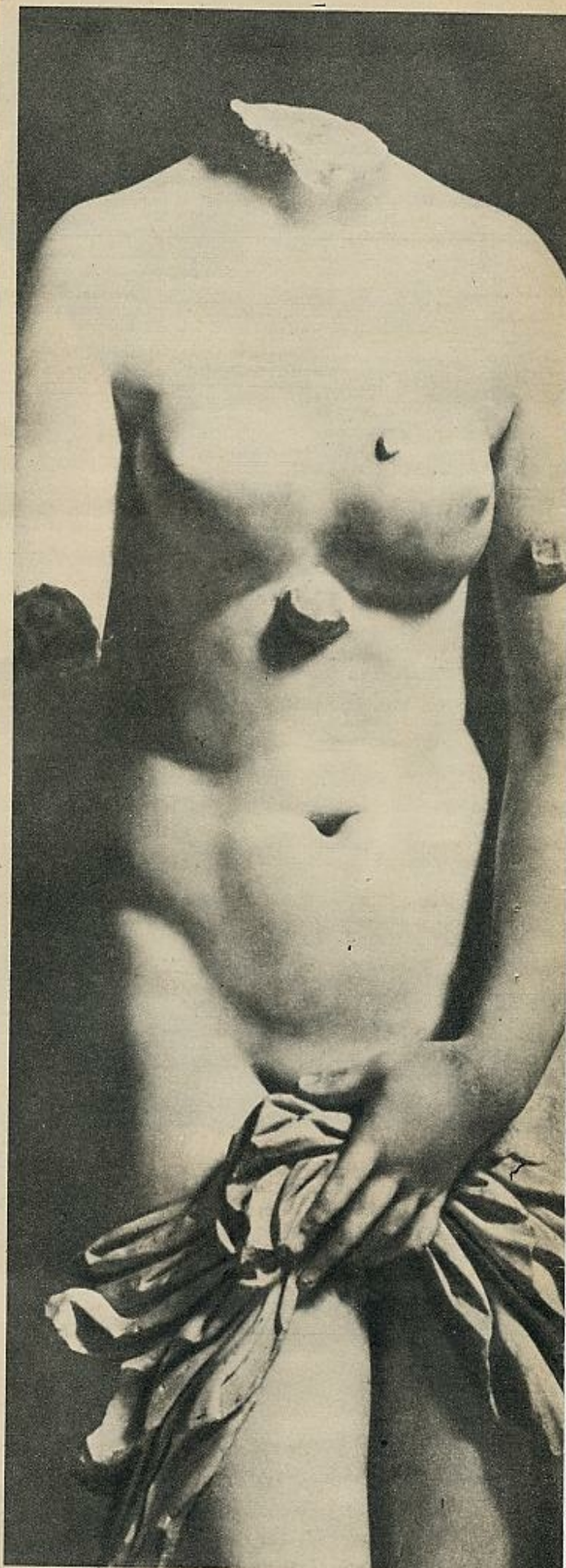


Busque su premio, y ofrezca a todos sus comensales, con AVECREM, el caldo más delicioso, sabroso y nutritivo.



¡Señora: acostúmbrese a lo mejor!

AVECREM GALLINA BLANCA



PERMITAME dirigirme a usted para pedirle ayuda. Tengo veinticinco años, soy empleada y pertenezco a una familia en buena posición económica. He tenido una infancia triste y solitaria a causa de mi carácter poco sociable y del ambiente en que he vivido. Y padecí un profundo complejo de inferioridad debido a mi aspecto físico. Soy fea. Durante largos períodos consigo dominar este sufrimiento; pero siempre acaba vencidome. El trabajo no es suficiente para hacerme olvidar que, como mujer, no valgo nada, que no soy digna de atención. No sé cómo hacer para lograr un poco de fe en mí misma, para no sentir este miedo a la vida que me roe y me atormenta hasta la angustia.

Sé que la belleza es un tesoro fugaz y que existen valores más importantes y más nobles por los cuales vale la pena vivir. Me lo repito mil veces. Pero ¿por qué no puedo aceptar esta verdad y vencer esta inseguridad atroz que me hace sufrir?
VICTORIA M.

A esta carta habría que responder con palabras que la misma Victoria ha escrito ya: «Sé que la belleza es un tesoro fugaz...», etc. No se puede contestar otra cosa. La belleza no da la felicidad; es una ilusión pasajera... Pero la verdad es que las mujeres hermosas están orgullosas de serlo y las feas no se sienten reconfortadas por el hecho de ser inteligentes, buenos o animosas. La juventud es la estación del amor y los ojos de los hombres, reconozcámoslo, se sienten atraídos, ante todo, por el aspecto agradable de las mujeres. Luego, a menudo, acaban casándose con las «menos guapas»; pero esta evolución se produce lentamente, por grados y necesita circunstancias favorables y tiempo. Es decir, que Victoria tiene razón. Los hombres no se fijan en ella —este es el significado de su queja, aunque no lo confiese claramente— y se siente inútil, víctima de una injusticia.

Podríamos decirle: «Querida Victoria, corre al peluquero, afronta las deliciosas torturas de un instituto de belleza, de una cura de adelgazamiento. Escoge vestidos bonitos, claros, que te favorezcan.» Estos consejos, si acaso, se los daríamos al final. Y entonces ya no serían necesarios porque ella misma habría pensado en ellos. Pensará cuando sienta dentro de sí el impulso irresistible de luchar y vencer. Porque el secreto está ahí: en «querer». Y se «quiere» firmemente cuando se «crees en algo. Victoria no cree en nada, ni siquiera en sí misma, y padece el castigo de quienes no tienen fe: la derrota.

Desde luego, nadie puede convertirse en Elizabeth Taylor o Sofia Loren solo con quererlo; pero el ser humano, con sus enormes posibilidades, puede sustituir la belleza, reemplazarla con otros valores.

Mujeres realmente guapas hay muy pocas. Un 10 por 100, quizá. El otro 90 por 100 son mediocres o, simplemente, feas. Sin embargo, solo cuatro o cinco de las pertenecientes a este segundo grupo se abandonan a la desesperación. Son aquellas que no han comprendido, las ingenuas adoradoras de un mito y, admítámoslo, las incurables soñadoras un poco envidiosas.

Para vencer en la vida hace falta, ante todo, descartar las metas inalcanzables y luego aceptar la propia realidad, diciéndonos que de nosotros depende la felicidad o la desdicha.

La belleza, como la fealdad, son dos hechos incuestionables. Y, sin em-

que da a unos más que a otros. Pero a quienes no da, confía una tarea realmente divina: transformar la derrota en victoria. Es una lucha emocionante para quien la comprende y la acepta; pero, desgraciadamente, no todos comprenden ni aceptan.

los hombres os miran

Construir la propia belleza interior y exterior; este debe ser el motivo rector de nuestra vida. El sufrimiento no es jamás inútil. Si no temiésemos las palabras importantes diríamos que es «como un mensaje».

ra intelectualmente es nada del otro mundo. Es, solamente, buena y generosa. Y la bondad, el deseo de dar, de amar y ser amada, es su invisible belleza. Con una extraordinaria intuición, Ana María lo comprende. Y la gente, aun viendo que es fea, dice: «¡Qué elegante! ¡Qué bien se viste!» Y poco después: «Es una muchacha encantadora. ¡Tan buena...!»

Y sus hermanas, sus padres, asombrados, la vieron salir de la iglesia, apoyada en el brazo del hombre que había amado durante años, el día de su boda. ¡El «patito feo»!... ¿Quién lo hubiera dicho?

Y Teresita. La secretaria trabajadora, lista, pero fea. En ella no se fija ningún compañero. Es como un mueble más de la oficina, indispensable, anónima. Pero tiene unos ojos claros y alegres y una atractiva vivacidad. Baila estupendamente.

«Ayer te he visto bajo un nuevo aspecto», le dice uno de sus compañeros, que la ha encontrado en una fiesta. Es un muchacho que se precia de no haber salido jamás con una chica fea. La inteligencia y la vivacidad de Teresita lo divierten primero; luego lo interesan cada vez más profundamente.

Es cierto que todos somos víctimas de los mitos. El complejo de la fealdad se forma casi sin notarlo. Las hijas feillas de madres guapas deben llorar mucho antes de admitir serenamente una comparación que las humilla. Y lo mismo ocurre entre las hermanas. Hay familias que crean seguridad en sus hijos y otras que impiden que nazca.

Victoria M. habla de un ambiente triste. Quizá haya sido el que algunos padres favorecen callando cualquier frase de admiración o estímulo a las virtudes de sus hijos. Esto, oportuno en el caso de hijos tan hermosos que extremar los elogios pueda resultar dañoso para su espíritu, es funesto cuando se trata de una chica poco agraciada, que sufre y necesita ayuda.

Cada uno llega a la vida con un arma y, en ocasiones, esta arma puede ser la belleza; pero no puede proporcionarnos todo cuanto queremos.

Armas verdaderas son las del espíritu, y la voluntad de sobrevivir y de ser felices en los límites de nuestras posibilidades. No suspiremos de envidia por los dones que otros poseen. Esforcémonos por descubrir nuestro don personal, nuestra invisible belleza, y dediquémosle toda nuestra atención. Tener personalidad significa olvidar y hacer olvidar a los demás nuestras imperfecciones físicas. Al final no tiene mucha importancia que una mujer sea gruesa o delgada, bajita o alta, con rasgos perfectos o irregulares. Al final, lo que cuenta es la carga de vitalidad que consigue transmitir y la atmósfera que crea con su presencia. Hacernos aceptar como somos, y más aún, hacernos amar como somos, es el triunfo de la personalidad.

EL MITO DE

VIVEN EN

¿POR QUE MUCHAS MUJERES VIVEN ATORMENTADAS POR NO SER GUAPAS?

¿POR QUE LAS GUAPAS ESTAN ORGULLOSAS DE SERLO?

bargo, ni uno ni otro son inamovibles, sino que siguen el itinerario marcado por nuestro espíritu. Por eso la belleza puede hacerse vulgar y hasta desaparecer, y la fealdad enriquecerse hasta convertirse en algo que recuerde la idea de la belleza. Este enriquecimiento puede llegar por obra de factores externos; pero su verdadero secreto está dentro de nosotros y tiene un nombre: «personalidad». Tener personalidad significa, simplemente, «ser uno mismo». Es nuestra belleza invisible, y nuestro deber consiste en sacarla a la luz, pacientemente, obstinadamente.

La personalidad no es un don del cielo, como la hermosura. Dios no comete injusticias. A veces parece

Una muchacha fea, sufre. Es humano. Pero no la ayudemos a sufrir. Preguntémosle, mejor: «¿Por qué sufres? ¿No quieres nada de la vida? Mirate bien. ¿Te has preguntado alguna vez quién eres?»

Existen docenas de casos para poner como ejemplo. Ana María, que ha tenido de pequeña una parálisis facial, que ha desequilibrado la geometría de su rostro. Tiene uno de esos cuerpos huesudos que con buena voluntad pueden definirse como elegantes, pero solo cuando está vestida. Es la más pequeña de tres hermanas guapísimas. Sus padres la han criado con infinita ternura. En su «patito feo». Paciencia. Se quedará siempre en casa, con ellos. Ni siquiera